

Guido Herzovich

Fernando Degiovanni.
Vernacular Latin Americanisms.

Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2018. 238 pp.

Guido Herzovich es investigador del CONICET en el Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Se doctoró en la Universidad de Columbia (Nueva York) e hizo estadías de investigación en L'École des hautes études en sciences sociales (París) y en el Ibero-Amerikanisches Institut (Berlín). Coeditó la versión latinoamericana del *Vocabulario de las Filosofías Occidentales. Diccionario de los intraducibles* (Siglo XXI, 2018) de Barbara Cassin, y desde 2013 coedita la revista anual de literatura argentina *El Ansia*. Correo electrónico: guidoherzovich@gmail.com

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>



SI TODO TEXTO científico tiene como correlato un gran modelo narrativo, exagerando un poco lo que propuso Hayden White, el de *Vernacular Latin Americanisms* es sin duda el género negro. Bajo la superficie ostensiblemente cívica del debate intelectual, y aún entre las líneas enjutas del más estricto análisis literario, Fernando Degiovanni recupera la trama de intereses de todo orden que es su contracara perfecta. El latinoamericanismo o la “idea de América Latina” funcionan aquí como un *whodunit*: no se trata de examinar la autenticidad de sus variadas formulaciones, sino de perseguir el modo en que los diversos agentes lo reconfiguran conceptualmente y lo despliegan en el espacio para articular redes y redistribuir recursos. Del periodo posterior a la guerra de Cuba en 1898 hasta la primera época de la Guerra Fría en los años cincuenta, la trama del libro va hilando las escaramuzas con armas junto a la “guerra silenciosa” que da forma a las instituciones civiles en tiempos de paz (3). A partir de un archivo notable de documentos institucionales y correspondencia privada, así como de una lectura aguda de textos clásicos e ignotos, Degiovanni logra reunir ambas caras hasta volverlas indistinguibles.

La historia disciplinaria del latinoamericanismo no comienza con la épica de Martí o el idealismo de Rodó, como piensa el autor que esperaríamos, sino en las entrañas del monstruo y con motivaciones muy otras. Jeremiah Ford, oscuro profesor de español de la Universidad de Harvard, advierte que la diplomacia y el empresariado de su país necesitan un saber más preciso sobre Latinoamérica para la nueva etapa de relaciones que se inicia entonces: los años de construcción del Canal de Panamá, la Primera Guerra, poco después la “dollar diplomacy” que vendría en reemplazo del “big stick”. Se aboca a dárselo en cátedras, traducciones y manuales; inaugura así los estudios latinoamericanos en Estados Unidos cuando en muchos países de América Latina recién se está institucionalizando el estudio académico de la literatura nacional. Munido de una teoría positivista sobre los “tipos nacionales”, Ford ofrece la literatura de la región como un “instrumento para cooperar con inversionistas y funcionarios a los fines de expandir la influencia económica global de Estados Unidos por medios científicos” (19) (capítulo 1, “Knavish Latin Americans”). El mayor discípulo de Ford, Alfred Coester, da forma con este espíritu a su *Literary History of Spanish America* (1916). Primera historia literaria de la región en cualquier idioma, el libro de Coester toma nota del mundo post-1898. Primero refuta las ambiciones españolas de dominación cultural, en polémica abierta con la *Antología de poetas hispano-americanos* (1892-95) de Menéndez Pelayo (46-48); después ofrece las “mentalidades”

de la región como un saber estratégico, necesario “en una época en que las fronteras del Estado-nación empezaban a constituir un límite para la expansión capitalista y se hacía necesario redirigir el capital excedente hacia zonas históricamente ajenas a la influencia política y económica directa de Estados Unidos” (50) (capítulo 2, “A Teacher-Spy from Brooklyn”).

Advertidos de estos tempranos esfuerzos “panamericanistas”, el argentino Manuel Ugarte y el venezolano Rufino Blanco-Fombona contraatacan desde Europa con “latinoamericanismos espectaculares” (20). En una proeza histórica del transporte y las telecomunicaciones –por no hablar del diminuto cuerpo humano, Ugarte recorre virtualmente cada país del continente a lo largo de dos años (1911-1913), divulgando su prédica anti-imperialista a través de conferencias multitudinarias que publicita con destreza transnacional. Blanco-Fombona, además de escribir panfletos, artículos de prensa y novelas, funda en 1915, desde Madrid, “la primera editorial comercial dedicada enteramente a la promoción de un discurso latinoamericanista: Editorial-América” (31). El éxito de sus empresas puede medirse en la preocupación de Ford. “No podemos darnos el lujo de ignorarlos –alerta a su público durante una conferencia en Boston en 1918–: ya es hora de que los escritores de Estados Unidos refuten sus calumnias” (38). No los acusa solo de mentirosos: también de estar pagados por Alemania para avanzar sus intereses en la región. Consagra así una dicotomía estratégica de larga sobrevida: o panamericanismo (con Estados Unidos) o germanofilia.

Aquel mismo año, sin embargo, en el otro extremo del continente, un grupo de jóvenes estudiantes consolida en Córdoba el movimiento de la Reforma, un acontecimiento clave para el imaginario de integración latinoamericana tanto por las ideas que difunde como por las redes duraderas que incuba. En la estela reformista, reformulada desde los años veinte por los ideólogos del APRA en Perú, uno de sus militantes en el exilio le da al latinoamericanismo anti-imperialista su primera formulación disciplinaria dentro de la región. Se trata, significativamente, de “un proyecto disciplinario para una comunidad intelectual extra-académica” (118): a medida que dicta cursos de literatura latinoamericana en instituciones vocacionales de varios países –ateneos, “lyceums”, universidades “libres” y “populares”, centros culturales–, Luis Alberto Sánchez va escribiendo su bibliografía básica. En el Lyceum de La Habana escribe *Vida y pasión de la cultura en América* (1936); alrededor del Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires concibe *Historia de la literatura americana* (1937). Nacido de un exilio político nómada en el contexto del giro autoritario de los años treinta, a la vez que

deudor del policlasismo de base urbana que caracterizaba entonces al APRA, el canon de Sánchez perfila “la genealogía de un latinoamericanismo militante y comprometido” (117): crítico de la autonomía y la profesionalización, enemigo del formalismo y la opacidad, más beligerante que instituyente, sin modelos estéticos normativos (capítulo 5, “University Rebels”).

La emergencia del fascismo reordena las alianzas. El propio Sánchez, a partir de 1940, participa en programas pedagógicos del gobierno estadounidense que “deben entenderse como parte de la estrategia de cooptación que desarrolló Estados Unidos en tiempos de guerra” (128). Con mayor convicción y no sin astucia se suman también a ella dos figuras centrales del hispanismo: Federico de Onís (en Columbia desde 1916) y Américo Castro (en Wisconsin, Texas y Princeton desde 1937), antiguos agentes de la “acción cultural española en América” (66), ven la posibilidad de continuar su tarea patriótica a través de Washington y la academia gringa, como si representaran una suerte de “España libre” exiliada por Franco y ahora dispersa por el continente. Contra el panamericanismo de Ford y Coaster, Onís funda departamentos e institutos (como el “Instituto de las Españas” en 1920) y promueve el modelo disciplinario de los “Estudios hispánicos”; reclamaba así la cultura latinoamericana como avatar de una “España eterna” y eternamente reinventada en un contexto de “frontera” (70-74). No era poco, además, lo que podía ofrecerle al nuevo imperio la vieja España. “La dominación de aquellas magníficas tierras –escribe Castro– va relacionada con ciertos actos de indisciplina, cuyo conocimiento sirve para comprender bastantes aspectos del carácter iberoamericano, antes y ahora” (citado en 92). Por su pasado común y por su experiencia de dominio colonial, solo España podía enseñarle a Estados Unidos lo que necesitaba saber y no alcanzaba a decirle sobre la región su propia literatura (capítulo 3, “Colonizing an Empire”, y 4, “Policing the Field”).

Un origen abrumadoramente similar, sin embargo, tiene también un libro que suele imaginarse en las antípodas: *Las corrientes literarias en la América Hispana* del dominicano Pedro Henríquez Ureña, concebido para las prestigiosas Norton Lectures de la Universidad de Harvard, publicado en inglés en 1945. En un capítulo notable por el rigor revisionista con que redibuja para siempre una figura sagrada del panteón latinoamericano, Degiovanni muestra que su elección para esa cátedra, concedida a Stravinsky un año antes y a Erwin Panofsky un año después, es inexplicable fuera de las alianzas de la guerra y los intereses de Washington en América Latina y en particular en Argentina, donde Henríquez Ureña residía entonces. No

menos clave fue su amistad de larga data con el propio Jeremiah Ford, que ya lo había recomendado para un doctorado en Minnesota en 1916. Aunque Henríquez Ureña había sido muy crítico de la intervención de Washington en el Caribe en artículos de prensa del periodo 1914-1916, no dejaba de ser un amigo de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina; y tanto en sus discursos de despedida al dejar Buenos Aires como en sus conferencias norteamericanas –las famosas Norton y otras que exhuma el libro–, asume el papel de intérprete de la región al servicio del avance norteamericano y defiende el legado colonial de la autoridad y el rol dirigente de la élite letrada frente al peligro de la anarquía (capítulo 6, “A Discipline of War”).

Las corrientes literarias se traduce al castellano poco después. Lo publica en México la editorial semiestatal Fondo de Cultura Económica, que era en sí misma un proyecto con ambiciones de escala continental: del Cono Sur –donde abrió oficina en 1945– a los campus de Estados Unidos; desde 1948 la dirigirá Arnaldo Orfila Reynal, un argentino vinculado a las redes del reformismo. Pero el de Henríquez Ureña no era el texto adecuado ni para la posguerra, ni para el imaginario modernizador de la FCE, ni para la realidad del campo disciplinario a ningún lado del Río Bravo; por eso su director, Daniel Cosío Villegas, se interesa enseguida por el proyecto de una *Historia de la literatura hispanoamericana* que le propone Enrique Anderson Imbert desde la Universidad de Michigan. Crítico y escritor, antiguo militante del socialismo argentino, autoexiliado del peronismo –que entendió, al igual que otros, como un fascismo superviviente y a combatir–, Anderson Imbert se aleja del culturalismo de Henríquez Ureña y su defensa del rol normativo de la élite letrada. Ya no hace falta que la literatura, como en tiempos de Jeremiah Ford, sea la fuente de un saber sobre la región: para eso están ahora los “estudios de área” orientados por las ciencias sociales, que emergen en la segunda posguerra para proveer un conocimiento empírico. Anderson Imbert, en sintonía con la orientación dominante de los estudios literarios, propone una lectura autonomizante de la literatura latinoamericana. Pero lo suyo no es el culto de las formas perfectas y cerradas de la alta cultura que promovía el New Criticism en los departamentos de Literatura por esa misma época. Anderson Imbert se inclina más bien por las formas balanceadas, accesibles y atrapantes: reivindica, entiende Degiovanni, una cierta forma del entretenimiento, esa otra gran experiencia autonómica de la literatura moderna. Apuesta así a la sana voluntad de esparcimiento de las clases medias urbanas, a la potencia política de su pulsión hogareña y su liberal voluntad de ascenso

social, garantía de una sociedad civil que frena y contrapesa las tiranías. Apuesta, concluye Degiovanni, a las posibilidades democratizadoras del mercado de bienes culturales (capítulo 7, “The History of a Best Seller”).

Este último aspecto, en rigor, atraviesa el libro y es uno de sus principales puntos polémicos: uno de los objetivos centrales de la disciplina, según Degiovanni, ha sido “la teorización del continente como un mercado hemisférico” (1). Tanto en Estados Unidos como en la propia región, sus propulsores “no se lanzaron a defender América Latina como un espacio de valores incontaminados en oposición al utilitarismo y el materialismo de Estados Unidos” (2), que es lo que sugeriría un canon encabezado por Martí y Rodó. A la vez que reconstruye para los estudios latinoamericanos una genealogía de figuras e intereses muy alejada de esos modelos, Degiovanni propone que la “misión” de sus animadores “era totalmente diferente, incluso opuesta: darle un lugar a la cultura en la consolidación de modelos alternativos de cooperación económica regional” (1-2).

Esta línea de análisis proyecta el libro más allá del campo específico del latinoamericanismo. *Vernacular Latin Americanism* es un aporte clave para el análisis de la transformación histórica de la relación entre los modelos disciplinarios y las infraestructuras materiales para la circulación de artefactos y personas, entre las teorías críticas –filología, estilística, *kulturkritik*, etc.– y las prácticas (ideales y efectivas) del espacio literario. En esto es central el rigor y la perspicacia de Degiovanni para el análisis de la coyuntura –ese aleph que desafía no solo los límites disciplinarios sino la propia sintaxis–, que es precisamente el rasgo que lo acerca al género negro: el acontecimiento es una constelación única; para dar con su clave es necesario internarse en sótanos oscuros y húmedos (los archivos) bajo el riesgo de morder el polvo. No hay razonamiento abstracto (no hay *teoría*) que conduzca al mismo lugar.

La dicotomía Estado/mercado, por otra parte, estructura la perspectiva crítica de los estudios culturales. En términos generales, estos tienen como punto de partida las posibilidades democratizadoras del mercado en el campo de la cultura y las posibilidades de resistencia que anidan en la cultura de masas. Rechazan, por lo tanto, tanto las políticas pedagógicas (es decir, estigmatizadoras) del Estado como las reivindicaciones de pureza (es decir, el temor al contagio) de las élites. Frente al panamericanismo gerencialista de Jeremiah Ford, el normativismo castizo de Américo Castro, el elitismo culturalista de Pedro Henríquez Ureña o incluso el higienismo estético de Anderson Imbert, el latinoamericanismo de Luis Alberto

Sánchez se distingue por su apuesta a instituciones vocacionales y redes militantes –ajenas al Estado– y su posición insurreccional y antinormativa. Degiovanni, sin embargo, también considera su latinoamericanismo una apuesta por el “mercado”. Consideren la siguiente cita:

A pesar de las inclinaciones marxistas presentes en su trabajo de este período, [Luis Alberto] Sánchez pensaba que un discurso cultural latinoamericanista, articulado por las clases medias, sólo sería posible mediante el desarrollo de una economía mercantil de la cultura (“*culture-market economy*”) de escala continental. Creía, en efecto, que las instituciones de la sociedad civil representaban una manera de escapar del nacionalismo asfixiante de la década de 1930. Sus conceptos de “vida” y “socioliteratura” son inseparables de un grupo de actores políticos y culturales para los cuales el mercado, como espacio de socialización, representaba un lugar de resistencia. (121)

Degiovanni esgrime a menudo el término “mercado” con cierto ánimo polémico, en la medida en que lo adjudica a variaciones de un proyecto que ha preferido imaginarse inspirado por valores de hermandad y solidaridad que parecerían opuestos al espíritu mercantil. Su uso, sin embargo, tiende a aplanar precisamente lo que el libro tiene el mérito de rescatar: tanto la variedad de formas de producción –que el término “mercado” tiende a ocultar en su atención exclusiva a las formas de intercambio (lo mismo que hace la “autonomía literaria” al aislar el texto)– como la variedad de prácticas efectivas que los agentes realizan alrededor del acto propiamente mercantil que permite circular a los artefactos. En la cita, sospecho que lo que empuja a Degiovanni a ver una contradicción entre las “inclinaciones marxistas” de Sánchez y los modos de construcción discursiva y comunitaria a los que apuesta, son antes las connotaciones del concepto de “mercado cultural” que las características propias de sus prácticas. ¿En qué sentido puede pensarse “el mercado” como *un* espacio de socialización o como *un* lugar de resistencia?

Desde este género –la reseña– que es un estandarte de las posibilidades de la democratización mercantil –el comentario que da voz a los derechos del consumidor, hoy ubicuo–, me permito dirigirle al autor una demanda: además de entregarnos pronto la segunda parte que este libro volvió imprescindible –el *flashforward* del epílogo solo potencia la ansiedad–, precisamos saber de qué modo la atención a lo “vernacular” puede ayudarnos a salir del callejón conceptual, liberal y homogeneizador, de la dicotomía Estado/mercado.